

Notas sobre la dimensión eucarística de la feminidad de María

Carmen Álvarez Alonso
Real Academia de Doctores de España. Madrid

La relación entre la feminidad de María y la Eucaristía no es algo puramente devocional. Se trata, más bien, de una relación esencial y definitoria de ambos misterios, vinculada a la singular participación que tuvo María en la encarnación de Cristo por su maternidad virginal. En diversos momentos de su pontificado, san Juan Pablo II indicó la conveniencia de profundizar en esta relación fundamental entre María y la Eucaristía¹, y apuntó algunos parámetros fundamentales que habían de guiar dicha reflexión. Así, por ejemplo, en las Catequesis sobre Teología del cuerpo, reafirmó, entre otras ideas, el carácter sacramental del cuerpo y el significado teológico del lenguaje de la diferencia sexual². El cuerpo no es solo una realidad biológica, sino que tiene también un significado sacramental³ y, por lo tanto, eu-

¹ Cf., por ejemplo, JUAN PABLO II, *Viaje apostólico a Polonia. Meditación mariana después de la clausura del Congreso eucarístico Wrocław, domingo 1 de junio de 1997*: «Cristo, en el sacrificio del altar, bajo las especies del pan y del vino nos da como alimento el Cuerpo y la Sangre que, por obra del Espíritu Santo, le dio su madre, María. Dios Padre, al elegir a María como madre de su Hijo unigénito, la unió de modo particular a la Eucaristía».

² Estas catequesis tuvieron lugar durante las audiencias de los miércoles, desde el 5 de septiembre de 1979 hasta el 28 de noviembre de 1984. Una edición crítica completa, con introducciones y comentarios a los textos del Papa, se puede encontrar en JUAN PABLO II, *Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino* (Madrid 2000).

³ Sobre el valor sacramental de la sexualidad, cf. JUAN PABLO II, *Audiencia general* (20-02-1980): «El hombre aparece en el mundo visible como la expresión más alta del don divino, porque lleva en sí la dimensión interior del don. (...) De este modo, y en esta dimensión, se constituye un *sacramento primordial*, entendido como *signo que transmite eficazmente en el mundo visible el misterio invisible escondido en Dios desde la eternidad*. (...) *El sacramento, como signo visible, se constituye con el hombre, en cuanto «cuerpo», mediante su «visible» masculinidad y feminidad*. En efecto, el cuerpo, y sólo él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo

carístico⁴. Sin embargo, ese sentido eucarístico del cuerpo adquiere matices propios según se exprese en el lenguaje de la masculinidad o feminidad. De ahí que la diferencia sexual puede convertirse en una clave hermenéutica ciertamente novedosa para penetrar en el misterio esponsal de Cristo y la Iglesia, que se celebra en la Eucaristía.

En estas páginas pretendo insinuar, de manera breve y sintética, algunas ideas que ayuden a profundizar en esta temática. Sirviéndome de las posibilidades —y a la vez de los límites— que encierra el uso de la analogía, quisiera apuntar aquí algunas indicaciones, que inviten a profundizar en esa relación esencial que hay entre la maternidad de María y el sacramento de la Eucaristía. El lenguaje del cuerpo y, de manera particular, el lenguaje de la feminidad se nos presenta así como una clave hermenéutica muy adecuada para profundizar en esa vinculación esencial que hay entre María y la Eucaristía.

1. MATERNIDAD Y EUCARISTÍA: UNA ANALOGÍA EN TORNO AL DON DEL CUERPO

Tanto la encarnación del Verbo como la maternidad divina de María se apoyan sobre la lógica del don del cuerpo, que es también la lógica de donación sobre la que gravita el sacramento de la Eucaristía. Este común dinamismo de donación está profundamente radicado en la acción del Espíritu Santo, a quien corresponde esencialmente el ser Don, es decir, ser el «darse» y el «ser dado» del Padre y del Hijo en la vida intratrinitaria.

En la encarnación, Cristo asume una naturaleza humana como presupuesto indispensable para llegar a ser el único y sumo sacerdote de la humanidad. El texto de Hb 10,5.7 vincula implícitamente esa sacerdotalidad de Cristo a la maternidad divina de María: «Por eso al entrar en este mundo dice: sacrificio y oblación no quisiste: pero *me has formado un cuerpo*. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad!». Entrando en el mundo, Cristo da a su vida una orientación sacerdotal y eucarística que quedará expre-

divino. Ha sido creado para transferir a la realidad visible del mundo el misterio escondido desde la eternidad en Dios, y ser así su signo. (...) Por tanto, en el hombre creado a imagen de Dios ha sido revelada, en cierto sentido, la sacramentalidad misma de la creación, la sacramentalidad del mundo. *El hombre, en efecto, mediante su corporeidad, su masculinidad y feminidad, se convierte en signo visible de la economía de la Verdad y del Amor, que tiene su fuente en Dios mismo y que ya fue revelada en el misterio de la creación».*

⁴ He profundizado esta idea en C. ÁLVAREZ ALONSO, *Teología del cuerpo y Eucaristía* (Madrid 2011).

sada desde el primer instante en el lenguaje de la carne. Su oblación al Padre quedará para siempre unida al don del propio cuerpo y, por eso mismo, expresada en el lenguaje de la masculinidad. Pero, por eso mismo, su oblación quedará unida también a la carne y sangre de María y, por tanto, al lenguaje de su feminidad. María, por su parte, se asocia indefectiblemente a la oblación de Cristo, dando así a su maternidad y a toda su vida una orientación eucarística y sacerdotal. María se ofrece a sí misma en Cristo al Padre, expresando esa oblación a través de la ofrenda materna de su propio cuerpo. Así se puede entrever en las palabras con las que responde al anuncio del ángel: «He aquí la esclava del Señor. Hágase *en mí* según tu palabra» (Lc 1,38) y en las que la expresión «en mí» indica una fuerte referencia al lenguaje del cuerpo y al misterio de su maternidad.

La vinculación entre María y la Eucaristía está profundamente radicada en la lógica del don del cuerpo y, por tanto, en la acción propia del Espíritu Santo; pero, esa lógica es solo expresión, en el lenguaje de la carne, de una actitud interior, es decir, de una configuración con el misterio de Cristo, que dio fondo eucarístico a todos los momentos de su vida y que es también obra y acción del Espíritu Santo. Este camino interior de identificación con el Hijo, que culminó en la Cruz y Resurrección, dió forma eucarística y sacerdotal a la maternidad física y espiritual de María. Su ser materno se hizo ya eucarístico no solo en el momento de la concepción del Verbo sino a lo largo de toda su vida. Desde este trasfondo se entiende por qué Juan Pablo II, en su encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, centró la relación entre María y la Eucaristía sobre todo en esta actitud interior, que la mantuvo perfectamente asociada a su Hijo durante toda su vida:

La relación de María con la Eucaristía –afirma el Papa– no sólo se reduce al hecho material de la participación física en el banquete eucarístico; aunque esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos en la fracción del pan (...) La relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente *a partir de su actitud interior. María es mujer eucarística con toda su vida*⁵.

⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 53. Una de las aportaciones más bellas de la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, de Juan Pablo II, es el capítulo VI, dedicado a la relación entre la Eucaristía y María, titulado *En la escuela de María, mujer 'eucarística'*. En mi opinión, este capítulo debería leerse como una especificación, en perspectiva eucarística, de cuanto el mismo Juan Pablo II había adelantado ya en su carta *Mulieris dignitatem*, a propósito de la colocación del misterio de la 'mujer' en el corazón mismo del plan salvador de Dios y del misterio de Cristo. Y, al margen del interés teológico que pueda suscitar este capítulo en el ámbito de la mariología o para avanzar en la reflexión sobre el tema de la mujer,

La maternidad de María se convierte así en figura eucarística, un signo en la carne de lo que, más tarde, el Señor había de instituir en la Última Cena. El camino de identificación personal con la obra redentora del Hijo comenzó en la encarnación, pero fue madurando hacia una maternidad cada vez más universal y espiritual, que anticipó, también en el lenguaje de la carne, la maternidad que ejerce la Iglesia en la Eucaristía. Podemos decir que, en María, a través de su maternidad, la vocación y el camino de su feminidad se fue transformando en un camino eucarístico y sacerdotal, que culminó, como no podía ser de otro modo, con su participación en las celebraciones eucarísticas de las primeras comunidades cristianas (cf. Hch 1,14).

Qué bello paralelismo entre el sacerdocio que se actualiza en la Eucaristía y el dinamismo propiamente femenino de la maternidad. Cuánta cercanía en el modo en que ambas realidades transmiten la vida. Tanto la maternidad como el sacerdocio que se actualiza en la Eucaristía gravitan sobre el significado personal de un cuerpo y una sangre que se dan para comunicar una nueva vida al mundo. En virtud del sacramento del orden, los sacerdotes celebran litúrgicamente y como ministerio específico la entrega esponsal del cuerpo y la sangre de Cristo, para comunicar la vida divina al mundo. Esto mismo se realiza también, de un modo específico y singular, en la maternidad de María. Ella vivió, como ninguna otra mujer, el *ministerio de su feminidad* como un camino litúrgico de culto espiritual⁶, como una ofrenda eucarística y sacerdotal al Padre, en perfecta unión con el sacerdocio de su Hijo. María se convirtió así en modelo y pionera de esa «maternidad apostólica», que san Pablo hizo suya, y en la cual se encarna la maternidad de la Iglesia⁷. Inauguraba así ese sacerdocio espiritual en el que había

la misma reflexión teológica sobre la Eucaristía reclama, de suyo, este apunte sobre la entraña eucarística de la vida de María.

⁶ Cf. JUAN PABLO II, *Audiencia general* (27-7-1994) n. 1: «*La mujer participa en el sacerdocio común de los fieles de muchas formas, pero especialmente con su maternidad*: no sólo con la maternidad espiritual, sino también con la que muchas mujeres eligen como su función natural propia, con vistas a la concepción, la generación y la educación de sus hijos: dar al mundo un hombre. Es una tarea que, en el ámbito de la Iglesia, incluye una elevada vocación y se transforma en una misión, con la inserción de la mujer en el sacerdocio común de los fieles». Cf. también *Mulieris Dignitatem* 30: «Si el hombre es confiado de modo particular por Dios a la mujer, ¿no significa esto tal vez que *Cristo espera de ella la realización de aquel 'sacerdocio real'* (cf. 1 P 2,9), que es la riqueza dada por él a los hombres?».

⁷ Sobre la «maternidad apostólica» propia del presbítero, escribe Juan Pablo II: «Ogni presbitero dovrebbe poter far sue le parole di San Paolo poc'anzi ascoltate. *L'immagine materna* che egli si attribuisce è infatti una delle più suggestive per esprimere *la bellezza della vocazione sacerdotale*. Essa non soltanto indica una rara intensità di affetto e di dedizione, ma suggerisce anche l'intima connessione che vi è tra il ministero apostolico e il mistero della

de ser modelo de toda la Iglesia, llamada, como María, a ser madre, esposa y virgen. La Iglesia es también Madre de Dios en los hombres, precisamente a través del don de la Eucaristía.

2. LA MATERNIDAD COMO SIGNO PREFIGURADOR EN LA CARNE DE LA TRANSUBSTANCIACIÓN EUCARÍSTICA

El cuerpo eucarístico de Cristo es el centro de la existencia sacerdotal⁸. Ese mismo cuerpo de Cristo fue también el centro de la existencia de María. La transubstanciación no es sólo ese prodigio inefable que tiene lugar sobre el altar, cuando el sacerdote realiza el gesto epiclético de la imposición de manos sobre el pan y el vino, acompañado de las palabras de la consagración. La transubstanciación es también un ideal de vida, una vocación esencial a toda la vida cristiana. Estamos llamados a convertirnos en pan partido para el mundo, a transformar la materialidad de nuestra vida concreta en ese cuerpo de Cristo que comemos cada día. El sacerdote puede decir «Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre» porque celebra *in persona Christi*; pero, también porque él mismo se va haciendo cuerpo y sangre de Cristo, pan partido y sangre derramada por todos los hombres, a medida que el Espíritu Santo va transformando su vida en una eucaristía vivida⁹.

nuova «nascita» in Cristo mediante lo Spirito Santo (cf. Gv 3, 5-8). In quanto portatore della «parola divina della predicazione», l'Apostolo si percepisce *strumento di questa spirituale rigenerazione*. Egli incarna per i fratelli la «maternità» della Chiesa. Essendo stato chiamato a generarli in Cristo mediante il Vangelo (cf. 1 Cor 4, 15), a buon diritto si sente, nei loro confronti, «padre» e «madre», pronto a dare non soltanto il Vangelo, ma «da sua stessa vita» (cf. 1 Ts 2, 8). (...) Occorre avere profonda coscienza, che non si può essere «generatori» di fede, se non si è prima «generati» dalla fede. Paolo poteva annunciare Cristo, anche perché poteva dire con tutta verità: «Non sono più io che vivo, ma Cristo vive in me» (Gal 2, 20). Così poteva annunciare Cristo essendo prima generato da Cristo, convertito da Cristo, permeato da Cristo. Non rivendicava quindi un titolo improprio, come quello che l'odierno Vangelo proibisce, quando si sentiva e si diceva «padre» delle sue comunità, perché la sua paternità non era altro che trasparente manifestazione di quella di Dio. E allo stesso tempo si diceva «madre». Anzi, dava una certa precedenza alla «maternità» apostolica che era propria di lui verso queste comunità» (*Homilia en la Eucaristía para la comunidad del Seminario Romano Redemptoris Mater* [31-10-1993]).

⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Audiencia general* (12-5-1993): «El presbítero alcanza en la Eucaristía el punto culminante de su ministerio cuando pronuncia las palabras de Jesús: 'Esto es mi cuerpo... Este es el cáliz de mi sangre...'. En estas palabras se hace realidad el máximo ejercicio del poder que capacita al sacerdote para hacer presente la oblación de Cristo».

⁹ Cf. BENEDICTO XVI, *Homilia en la Misa crismal* (13-4-2006): «Jesucristo es siempre el que hace el don y nos eleva hacia sí. Sólo él puede decir: 'Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre'. El misterio del sacerdocio de la Iglesia radica en el hecho de que nosotros, seres humanos miserables, en virtud del Sacramento, podemos hablar con su 'yo'; *in persona*

La maternidad de María fue también un anticipo en la carne de este ideal de la transubstanciación, que está en el centro de toda vida eucarística. Lo primero que una madre entrega a su hijo es su carne y su sangre, para que en ella se forme una nueva humanidad y una nueva vida. Ella entregó su carne y su sangre a la acción del Espíritu Santo, para que las transformara en carne y sangre de Cristo, y hacer posible así el sacerdocio del Verbo encarnado. De este modo, su cuerpo materno adquirió un significado eucarístico del todo singular, que anticipó, en el lenguaje de la carne, lo que había de ser el ideal de la transubstanciación que María había de vivir a lo largo de su vida. Así pues, su maternidad aparece configurada desde el principio por este ideal eucarístico y sacerdotal, que marcó esencialmente todo el camino de su feminidad¹⁰. En su vida, profundamente eucarística, y en el misterio de su maternidad, se anticipó ya esa acción epiclética del Espíritu que había de prolongarse después, a través de la Iglesia, en cada celebración eucarística.

Si el ejercicio del sacerdocio ministerial tiene su cumbre eucarística en las palabras: «Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre», María es la única criatura humana que, a título especial y en virtud de su maternidad, pudo decir también de Cristo: «Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre». Esas palabras, que son el gozo y el centro de la vida sacerdotal, fueron también el centro eucarístico en torno al cual gravitó toda la vida de María y el camino de su maternidad. Cuando Cristo, en la Última Cena, pronuncie las palabras: «Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre», no sólo estará identificándose él personalmente con el signo del pan y del vino, sino que estará dando rango sacramental a lo que, años antes, había sucedido, por la acción del Espíritu Santo, en la carne y sangre de su Madre.

3. LA MATERNIDAD DE MARÍA COMO MEMORIAL ANTICIPADO DE LA CRUZ

En la Última Cena se anticipó de forma ritual lo que iba a suceder de forma histórica y real horas después en el Calvario¹¹. Pero, también se significó ritualmente lo que ya había acontecido años atrás en el cuerpo materno

Christi. Jesucristo quiere ejercer su sacerdocio por medio de nosotros (...) Jesús asumió nuestra carne. Démosle nosotros la nuestra».

¹⁰ JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, n. 19: «Dios inicia en Ella, con su *fiat* materno, una nueva alianza con la humanidad. Sin duda que es la nueva alianza que se cumple cada vez que celebramos la Eucaristía. Ahora bien, precisamente porque esta alianza debe cumplirse en la carne y en la sangre su comienzo se encuentra en la Madre (...) *en el orden de la alianza que Dios ha realizado con el hombre en Jesucristo ha sido introducida la maternidad de la mujer*».

¹¹ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, nn. 10. 12: «En su muerte en la Cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto

de María, cuando concibió por obra del Espíritu Santo al Verbo encarnado¹². En la maternidad de María se anticipó de forma natural, tanto en su cuerpo como en su actitud interior, algo de lo que, años más tarde, Cristo mismo iba a significar ritualmente en la institución de la Eucaristía, durante la Última Cena.

El mayor acto sacerdotal de Cristo, cumplido en la Cruz, se realiza a través de la mayor donación de su cuerpo y de su sangre. Esta donación del cuerpo en la Cruz era el signo externo y la consumación de su total oblación sacerdotal al Padre, algo que ya había anticipado ritualmente horas antes en la institución de la Eucaristía, durante la Última Cena. Pues bien, el mandato dado por Cristo a sus apóstoles en la Última Cena, «Haced esto en memoria mía», no solo se refería a la entrega de su cuerpo y de su sangre sino también a esa oblación interna al Padre, por la salvación de todos los hombres, que culminó poco después en el acto de la Cruz. El sentido del mandato de Cristo era: «Repetid vosotros esto que yo estoy haciendo ahora, es decir, entregaos del mismo modo como yo me estoy entregando ahora, sed memorial de mi entrega con vuestra propia vida»¹³. Este mandato que daba a sus apóstoles lo veía ya realizado y cumplido, de forma anticipada, en la total correspondencia a su obra redentora que María había realizado tanto en lo biológico como en lo espiritual, a través de su maternidad. Viviendo el camino de su maternidad, se anticipó, con su vida y con su persona, al mandato que Cristo dio a sus apóstoles en la Última Cena. Por eso, a Ella se le pueden aplicar, de una manera singular, las palabras del mandato de Cristo: «Haced esto en memoria mía», ‘entregaos como yo me he entregado’. De este modo su maternidad, tanto física como espiritual, vivida a lo largo de toda su vida, fue el primer memorial eucarístico celebrado en la liturgia de su cuerpo¹⁴ y de su propia existencia¹⁵.

es amor en su forma más radical. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia».

¹² Cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia* 57: «En el ‘memorial’ del Calvario [la Eucaristía] está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre».

¹³ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, n. 13: «La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega».

¹⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Audiencia general* (4-07-1984), que el Papa dedicó íntegramente a reafirmar el significado litúrgico del cuerpo, a la luz del pasaje de Ef 5,21-33.

¹⁵ JUAN PABLO II, *Audiencia general* (30-6-1993): «María fue asociada de modo único al sacrificio sacerdotal de Cristo, compartiendo su voluntad de salvar el mundo mediante la Cruz. Ella fue la primera persona y la que con más perfección participó espiritualmente en su oblación de sacerdote y hostia. Como tal, a los que participan, en el plano ministerial, del sacerdocio de su Hijo puede obtenerles y darles la gracia del impulso para responder cada vez mejor a las exigencias de la oblación espiritual que el sacerdocio implica».

En la feminidad de María quedan unidos para siempre la maternidad, el sacerdocio y la Eucaristía. Su maternidad universal es, junto con la efusión también universal del Espíritu Santo, el primer don del sacerdocio de Cristo resucitado a su Iglesia¹⁶. Pero, María al pie de la Cruz representa también el sacerdocio de toda la Iglesia, llamado a ser pueblo sacerdotal como lo fue Ella, es decir, a través del ministerio propio de la feminidad, que es la maternidad¹⁷. En la sacerdotalidad de María, animada y sostenida por la acción continua del Espíritu Santo desde la encarnación hasta la Cruz, *se completa* de alguna manera el único y sumo sacerdocio de Cristo. María prolonga y *completa* la ofrenda eucarística y sacerdotal de Cristo en la Cruz, con la ofrenda de su persona, ciertamente también eucarística y sacerdotal. Era lo que ‘faltaba a los sufrimientos y a la oblación de Cristo’ (cf. Col 1,24): esa mutua reciprocidad y ordenación entre el sacerdocio materno de María y el único y sumo sacerdocio de Cristo, entre la Eucaristía celebrada por Cristo en la Cruz y la Eucaristía celebrada por María en la liturgia de su propio cuerpo, entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial, entre la liturgia de la vida y la liturgia celebrada. De ahí la necesidad de armonizar el aspecto «petrino» de la Iglesia con el aspecto «mariano»¹⁸, también para que todo el misterio de la sacerdotalidad de Cristo se exprese y realice en la Iglesia en toda su plenitud.

¹⁶ JUAN PABLO II, *Audiencia general* (30-6-1993): «En el Calvario Jesús confió a María una maternidad nueva, cuando le dijo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». No podemos desconocer que en aquel momento Cristo proclamaba esa maternidad con respecto a un sacerdote, el discípulo amado (...) pertenecía, como los demás apóstoles, al grupo de los primeros sacerdotes, y reemplazaba ya, ante María, al Sacerdote único y soberano que abandonaba el mundo. La intención de Jesús en aquel momento era, ciertamente, la de establecer la maternidad universal de María en la vida de la gracia con respecto a cada uno de los discípulos de entonces y de todos los siglos. Pero no podemos ignorar que esa maternidad adquiriría una fuerza concreta e inmediata en relación a un apóstol sacerdote. Y podemos pensar que la mirada de Jesús se extendió, además de a Juan, siglo tras siglo, a la larga serie de sus sacerdotes, hasta el fin del mundo. Y a cada uno de ellos, al igual que al discípulo amado, los confió de manera especial a la maternidad de María».

¹⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje para la XVIII Jornada Mundial de la Juventud 2003*: «Ella la que, mediante *su ministerio materno*, os educa y os modela hasta que Cristo esté formado plenamente en vosotros».

¹⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Regina Coeli* en Scutari (Albania) (25-04-1993); BENEDICTO XVI, *Homilía en los 40 años de clausura del Concilio* (8-12-2005): «María está tan unida al gran misterio de la Iglesia, que ella y la Iglesia son inseparables, como lo son Ella y Cristo. María refleja a la Iglesia, la anticipa en su persona (...) Ella es su verdadero centro (...) El Vaticano II debía expresarse sobre los componentes institucionales de la Iglesia: sobre los obispos y sobre el Pontífice, sobre los sacerdotes, los laicos y los religiosos en su comunión y en sus relaciones; debía describir a la Iglesia en camino (...) Pero este aspecto «petrino» de la Iglesia está incluido en el «mariano». En María, la Inmaculada, encontramos la esencia de la Iglesia de un modo no deformado». Cf. J. RATZINGER, “La línea femenina en la Biblia”, en: J. RATZINGER-H.U. VON BALTHASAR, *María, Iglesia naciente* (Madrid 2006) 30-33.

4. MARÍA, MUJER EUCARÍSTICA, POR SER MUJER

La lógica del don del cuerpo, que articula internamente tanto la encarnación del Verbo como la maternidad de María, es elevada a dinamismo sacramental precisamente en la Eucaristía. Pero, dado que en el orden humano tanto la masculinidad como la feminidad tienen una lógica interna de donación diferente y complementaria, este lenguaje de la diferencia sexual es revestido de un carácter sacramental propio y exclusivo, cuando expresa en la Eucaristía el don esponsal de Cristo y de la Iglesia.

Cristo y María expresan su entrega al Padre a través del lenguaje del don del cuerpo; pero, no se entregan de la misma manera sino según una lógica interna de donación, que es diferente en la masculinidad y en la feminidad. La oblación de Cristo se realiza según la lógica interna de donación propia de la masculinidad, que consiste en entregarse *saliendo de sí mismo hacia la mujer* para quedarse *en ella*; María se entrega según la lógica interna de donación propia de la feminidad, que consiste en *acoger en sí misma el don del varón*¹⁹. Los dos textos bíblicos antes señalados apuntan veladamente este doble movimiento, propio y diferente, del don masculino y femenino. El texto de Hb 10,5.7 señala a Cristo saliendo de sí mismo, es decir, del seno del Padre, para entrar en el seno de María; en el texto de Lc 1,38, es la expresión «*en mí*» la que expresa el modo de donación y acogida que es propia del ser femenino: María se entrega acogiendo *en sí misma* el don de Cristo.

Esta lógica diferente y complementaria del don del cuerpo, propia de la diferencia sexual, será revestida de un grandioso valor sacramental cuando quede vinculada, e incluso significada en el signo eucarístico del pan partido. El sacramento de la Eucaristía gravita en torno a un cuerpo que se da y una sangre que se entrega, para comunicar una vida nueva, la vida divina, al mundo. Pero, ¿qué es también la misma maternidad de la mujer, en su dinamismo más esencial, sino un cuerpo y una sangre que se dan para comunicar y dar a luz una vida nueva al mundo? Un sacramento que discurre en lo más íntimo de su estructura litúrgica según la lógica femenina de la maternidad necesitaba de la masculinidad del varón y del valor sacramental de su cuerpo para dotar de carácter litúrgico y sacramental el lenguaje humano de la diferencia sexual.

El cuerpo sexuado tiene valor de signo, pero tanto la feminidad como la masculinidad conllevan una sacramentalidad propia, según la cual las palabras “esto es mi cuerpo, esta es mi sangre que se entrega por vosotros” no significan lo mismo en boca de un varón o en boca de una mujer.

¹⁹ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, n. 13: «Ha respondido, por tanto, *con todo su «yo» humano, femenino*». Sobre esta lógica de donación masculina y femenina aplicada a la Eucaristía, cf. C. ÁLVAREZ ALONSO, *Teología del cuerpo y Eucaristía* (Madrid 2011).

Esas palabras exigen la sacramentalidad específica de la masculinidad del varón y su modo propio de entregarse a la mujer, de la misma manera que exigen también la acogida del don propia de la feminidad de la mujer y su modo propio de entregarse al varón. Varón y mujer se dan saliendo de sí mismos y acogiendo el don del otro, pero cada uno lo hace de una forma peculiar y propia: el varón se entrega *saliendo de sí mismo hacia la mujer*, para quedarse *en ella*; la mujer se entrega, pero sin salir de ella, *acogiendo en ella el don del varón*. Y este modo diverso de darse, *desde sí mismo y en sí mismo*, define la masculinidad y la feminidad en el acto de entrega personal de ambos para transmitir la vida.

Así se entrega Cristo en la Eucaristía, como se entrega el varón y el Esposo, es decir, *saliendo de sí mismo* para unirse y *quedarse en la Iglesia, la Esposa*. Y así se entrega la Iglesia y Esposa en la Eucaristía: *acogiendo en sí misma* el don de Cristo Esposo, significado sacramentalmente en la masculinidad del varón que preside el sacramento. De este modo, el don sacerdotal de Cristo no hubiera sido posible históricamente sin el don femenino y materno de María, como tampoco sería posible sacramentalmente el don eucarístico de Cristo sin el don femenino y materno de la Iglesia, que no solo acoge *en ella* el don de Cristo sino que se hace ella misma «una sola carne» (cf. Gn 2,24) con el cuerpo de Cristo²⁰. Benedicto XVI, haciéndose eco de la línea magisterial de Juan Pablo II, presentó a María como modelo de esa acogida del don de Cristo que se celebra en cada Eucaristía:

Cada vez que en la liturgia eucarística nos acercamos al Cuerpo y Sangre de Cristo, nos dirigimos también a Ella que, adhiriéndose plenamente al sacrificio de Cristo, lo ha acogido para toda la Iglesia (...) María de Nazaret, icono de la Iglesia naciente, es el modelo de cómo cada uno de nosotros está llamado a recibir el don que Jesús hace de sí mismo en la Eucaristía²¹.

María es mujer eucarística y sacerdotal primeramente por ser lo que es: mujer, es decir, en su propio cuerpo femenino y en la lógica de entrega propia de su maternidad. En virtud del sacramento del orden, los sacerdotes celebran litúrgicamente y como ministerio específico la entrega esponsal del cuerpo y la sangre de Cristo a su Iglesia, para comunicar la vida divina al mundo. Algo que la mujer, y María de manera muy singular, en vir-

²⁰ San Agustín lo expresaba bellamente a los cristianos de su comunidad: «Si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol, que dice a los fieles: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. Si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre el altar del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros». Y sigue diciéndoles, a propósito del pan eucarístico: «Sed lo que veis y recibid lo que sois» (*Sermo 272*)».

²¹ *Sacramentum caritatis* n. 33.

tud de su feminidad, también realiza en modo específico y peculiar por el *ministerio* de su propio cuerpo y *de su feminidad*. Qué bello paralelismo entre el sacerdocio que se actualiza en la Eucaristía y el dinamismo propiamente femenino de la maternidad, por el hecho de gravitar ambos sobre el significado personal de un cuerpo y una sangre que se dan para comunicar una nueva vida al mundo. Cuánta cercanía en el modo en que ambas realidades transmiten la vida. La Iglesia, por ser primeramente mariana, es también Madre de Dios en los hombres a través de la Eucaristía.

CONCLUSIÓN

María es mujer eucarística no solo por ser Madre de Dios en la encarnación, sino también por ser lo que es: mujer. Y es precisamente en su maternidad donde se nos revela de una manera particular el significado eucarístico que entraña el misterio de la Mujer y de la feminidad. Se puede decir que, en la encarnación, el Espíritu Santo vinculó de una manera especial el sacerdocio de Cristo a la maternidad de María. Su feminidad se convirtió así en el cauce natural a través del cual comenzó a realizarse en el tiempo esa unción sacerdotal del Espíritu Santo sobre la humanidad de Cristo, que tiene en la Eucaristía una expresión singular. Por eso, la relación esencial entre María y la Eucaristía deriva, ante todo, de su maternidad virginal y divina, y tiene, necesariamente, un profundo carácter sacerdotal²².

Se podría decir que en su cuerpo femenino y en la lógica de entrega propia de la maternidad se encierra de modo natural una potencialidad eucarística que se hará realidad primero en toda su existencia, después a través de la maternidad universal de la Iglesia.

²² Así describía ya Pablo VI el paralelismo entre la maternidad de María y el sacerdocio ministerial: «¿Qué relaciones y qué diferencias hay entre la maternidad de María (...) y el sacerdocio apostólico? María da a Cristo a la humanidad, y también el sacerdocio da a Cristo a la humanidad, sólo que en modo diverso. María mediante la Encarnación y mediante la efusión de la gracia, de la que Dios la ha plenificado; el sacerdocio mediante los poderes del orden sagrado. El primero, ministerio que genera a Cristo en la carne y después lo comunica por las misteriosas vías de la caridad a las almas llamadas a la salvación; el segundo, ministerio sacramental y externo, que dispensa dones de verdad y de gracia, y el Espíritu que comunica y forma al Cristo místico en las almas que aceptan el saludable servicio de la jerarquía sacerdotal. Evidentemente, María está, después de Cristo, en el vértice de esta economía de salvación; precede y supera el sacerdocio. Ella está en un plano de excelencia superior y de eficacia diferente respecto al sacerdocio. Y si el sacerdocio en su grado sumo posee las llaves del reino de los cielos, la Reina de los cielos es Ella, la Virgen, que es también respecto a la jerarquía la Reina de los apóstoles» (PABLO VI, *Audiencia general* [7-10-1964]).